

El desarrollo de la terapia familiar: una parábola

Prólogo de Transiciones familiares (1991)

Terapia Familiar nació a fines de la década de 1950. Por supuesto, no surgió ya completa del cerebro de Zeus. Como todo alumbramiento humano, el de ella fue el producto de la unión de dos familias, en verdad muy distintas: diferían geográficamente, así como en sus tradiciones, rituales, lenguajes, mitos y estilos cognitivos.

Una de ellas —¿la materna?— tenía viejo arraigo en el Nordeste. Era una familia numerosa, con muchas tías, tíos y primos, casi todos ellos vinculados al ámbito universitario e, indudablemente, al *establishment*. Sus nombres eran legión: Ackerman, Bowen, Whitaker, Wynne, Fleck, Bell, Auerswald, Minuchin. Las creencias de esta familia eran una continuación de los sistemas de creencia psicodinámicos, desde luego que no sin modificaciones, cuestionamientos, conflictos. Pero el diálogo y su linaje no dejaban lugar a dudas: la influencia del pasado sobre el presente; la importancia de dominar ciertas experiencias en determinadas etapas para alcanzar un dominio logrado y armonioso de las siguientes. . . Podría decirse que los conceptos evolutivos influían en el pensamiento y creencias de todos sus miembros, por intermedio de Freud, Sullivan, Erickson o aun Piaget, tíos abuelos cuyos retratos todavía podían verse en sus despachos.

Esta rama de la familia creía, además, en la importancia de las emociones, los procesos inconscientes o involuntarios y los sucesos cataclísmicos, como el nacimiento, la muerte, la cólera asesina, el sexo y el incesto, la razón y la sinrazón. A veces, todas estas creencias se mezclaban de maneras extrañas y desconcertantes.

Además, tenían un modo de pensar minucioso: centraban su atención en los detalles, explicando sempiternamente la raíz y causa de los hechos, y solían buscar sus causas en el pasado.

Por supuesto, se sentían agobiados por todas estas creencias e indagaciones minuciosas, y estaban dispuestos a acoger nuevas ideas, lenguajes y mitos. En realidad, iniciaron su propia búsqueda. No obstante, los viejos sistemas de creencia permanecieron

allí, sumergidos pero influyentes; unas veces afloraban a la superficie, y otras veces persistían como parte del bagaje teórico.

La familia de la costa Oeste era diferente. Estaba constituida por rebeldes y revolucionarios. Ante todo, rechazaban su linaje y declaraban haber nacido ya completos de la frente de Bertalanffy, Weiner, Bertrand Russell. . . Seleccionaban para el papel de padres a lingüistas, teóricos de la comunicación, místicos y filósofos, en tanto que lapidaban a los psicólogos y psiquiatras anticuados y quemaban sus templos, en castigo por sus viejos pecados.

El primero en incorporarse por elección absoluta fue Bateson, el abuelo y líder de la banda de jóvenes turcos; con él vinieron los otros miembros de la familia inmediata: Jay Haley, Weakland, Jackson, Virginia Satir. Se les sumaron Watzlawick, Fish, etc. Tenían la ventaja de vivir todos juntos en un gran castillo, en Palo Alto. Desde allí emprendieron su exitoso ataque contra la verdad establecida, proclamaron la relatividad de toda verdad e iniciaron la construcción de un nuevo sistema de creencias que ofrecería la ventaja de no estar enraizado en cuestiones sociales.

Se elaboró un lenguaje diferente: homeostasis, entropía, cambio de orden primero y de orden segundo, lazo de realimentación recursiva, doble vínculo. En él se escribieron nuevos conceptos. Entusiasmada por el sonido de este lenguaje, la familia abrigó la esperanza de que la familia humana se organizara adaptándose a sus armonías.

Así fue alumbrada Terapia Familiar. En el momento de su nacimiento, los miembros de ambas familias sonrieron —como lo hacen todas las familias en tales ocasiones— y concibieron la esperanza de que la recién nacida fuese un motivo de orgullo para ellos. Por supuesto, cuando nace el primer nieto siempre hay rivalidades y competencia entre las familias. Jay Haley invitó a Milton¹ al bautismo; era un invitado bastante extraño, que pertenecía a ambas familias sin pertenecer, empero, a ninguna. Milton sonrió con aires de misterio.

Terapia Familiar mamó de ambos pechos y creció dividida. A medida que fue desarrollándose, se coligó una vez con la familia de la costa Oeste y otras veces con la de la costa Nordeste, como acostumbran hacerlo los niños. Con cada coalición, adquiría mayor competencia en algunos campos y, en igual proporción, se volvía más incompetente en otros. Además, empezó a conocer y diferenciar a sus tías y tíos, y advirtió que ese grupo, que al principio le había parecido una familia homogénea, era

en realidad un conglomerado, una pandilla estrechamente ligada de parientes alborotadores y, a veces, testarudos en sus opiniones. Por ejemplo, tía Peggy (allegada al tío Don) coincidía con la prima Lynn en su apreciación de los aspectos estéticos del interrogatorio circular descomprometido, pero en las cuestiones feministas era más afín a las primas Betty, Monica y Virginia, y a otras, en cuanto a la formulación de la naturaleza del poder de la familia y las jerarquías patriarcales. Cuando aumentó, la rama familiar de la costa Oeste envió algunos vástagos a Italia, donde la tía Mara, actualmente distanciada de los tíos Gianfranco y Luigi, se ha acercado al tío Tomm, de Canadá, que aún concurre a fiestas en compañía de aquellos. En ambas ramas abundan las alianzas, coaliciones y paradojas . . . como en toda familia.

Cuando Terapia Familiar empezó a ir a la escuela, algunas veces hablaba en el lenguaje diferenciado de la costa Oeste, tan rico en términos universales, y otras, en el de la costa Nordeste, todavía enraizado en los términos particulares. Claro está que, en ocasiones, los signos llaman a confusión. Hubo un tiempo en que, cuando decía «neutralidad», aparentemente sólo quería manifestar eso, pero al fin esta expresión pareció deslizarse hasta significar una meta general en el empeño del cuestionamiento. A veces denota algo totalmente distinto, como cuando tía Mara les dice a los padres que vayan al cine juntos, pero no les cuenten a los hijos el argumento de la película. En la época en que Terapia Familiar disfrutaba repitiendo la palabra *provocazione* —utilizada con frecuencia por el primo Maurizio (que vive en Italia, pero no en Milán)—, ora significaba sencilla y claramente «provocación», ora denotaba una provocación inserta en un campo de aceptación, lo que parece sería sinónimo de neutralidad pero, quizás, en Milán es otra cosa. Y Terapia Familiar aprendía más y más palabras, y se entusiasmaba con sus sonidos.

A medida que se acercaba a la adolescencia, comenzó a percibir que cada familia había aprendido de la otra, pero ninguna quería admitirlo. Así, asignaban nombres diferentes a los conceptos aprendidos de la otra rama familiar. Las nuevas etiquetas solían ser más complejas que los viejos conceptos, porque sus nuevos dueños aún no estaban tan familiarizados con ellos como sus antiguos propietarios. Terapia Familiar se aburrió de esta disputa familiar, como es habitual entre los adolescentes mayores y los jóvenes adultos, porque sabía que las familias «harán lo que tienen que hacer». No obstante, el proceso de integración quedará en manos de sus hijos, quienes sabrán que sus abuelos son simpáticos, pero no comprenden al mundo.

Ya adulta, Terapia Familiar examinó su capital y se encontró rica en teoría sistémica y en todas las palabras que continuaban desarrollándose y multiplicándose; también poseía un repertorio bastante abundante de técnicas de modificación de las familias, ahora disponibles para todos sus parientes del Oeste y Nordeste, Canadá, Sudamérica, Roma, Milán y otros puntos de Europa, y hasta el Japón. Descubrió que en el presente le apasionaba observar los contextos familiares —el sistema social, el de asistencia social, el hospital, el tribunal— y se percató de que siempre había querido dedicarse a la política.

Una cosa le preocupaba: aunque poseía todos estos conocimientos y sueños, no conocía realmente a las familias. Ella misma había crecido dentro de una familia inclinada hacia el entusiasmo de lo nuevo y, entretanto, se le había escapado la exploración trabajosa y detallada de las particularidades de las familias. Por eso, con la serenidad propia de las personas maduras, le dio su bendición a Celia, que deseaba editar un libro sobre el ciclo vital de la familia.

Como es característico en las reuniones familiares, se convocó a parientes importantes de ambas costas para que asistieran al acontecimiento: la redacción de un libro único en su género, titulado *Family transitions* [Transiciones de la familia]. En esta obra, se acogen con beneplácito las discrepancias en las visiones del mundo, en favor de una inquietud común que trasciende las diversas escuelas consideradas individualmente: desarrollar y perfeccionar modelos y perspectivas acerca de la evolución temporal (espontánea o planificada) de las relaciones familiares. Como sucede en la mayoría de los rituales de terapia familiar bien orquestados, quienes participan en la experiencia de escribir o leer este libro emergen de ella con una conciencia más clara de la confusión idiosincrásica, los sueños, los sufrimientos y las esperanzas que experimentan los miembros de una familia cuando afrontan viejas y nuevas tareas en el proceso de vivir, crecer y morir. Aquí no hay simplificaciones ni estereotipos con respecto a etapas y tareas, sino visiones más profundas del modo complejo en que las familias cambian y, a la vez, se mantienen invariables, a medida que se despliegan los sucesos de la vida.

Los teóricos de la familia hallarán en este volumen notable diversas maneras de incluir dimensiones del cambio familiar hasta ahora desatendidas, así como varios modos de comunicarse con parientes lejanos, sociólogos de la familia y psicólogos evolutivos. Los terapeutas familiares que lo lean estarán mejor equipa-

dos para entretener sus técnicas, sus términos seductores y sus teorías, de manera que formen pautas capaces de curar.

Salvador Minuchin

Nota

¹ Para aquellos lectores que no identifican por sus nombres de pila a los terapeutas aquí mencionados, ellos son: Milton H. Erickson, Peggy Papp, Don Bloch, Lynn Hoffman, Betty Carter, Monica McGoldrick, Virginia Goldner, Mara Selvini Palazzoli, Gianfranco Cecchin, Luigi Boscolo, Karl Tomm, Maurizio Andolfi y Celia Falicov.